

E. C. Bentley  
y H. Warner Allen

PHILIP TRENT  
Y EL CASO TRENT

Traducción del inglés de  
Guillermo López Gallego

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

# Índice

Capítulo I	
<b>Rumbo al sur</b>	11
Capítulo II	
<b>Una hojita de papel</b>	22
Capítulo III	
<b>La muerte de un filántropo</b>	29
Capítulo IV	
<b>No era duro de oído</b>	35
Capítulo V	
<b>Trent se queda atónito</b>	50
Capítulo VI	
<b>Ha habido un arresto</b>	59
Capítulo VII	
<b>En bandeja y guarnecido de perejil</b>	66
Capítulo VIII	
<b>La blanca flor de una vida sin tacha</b>	85

Capítulo IX	
<b>La diadema de Megabizo</b>	101
Capítulo X	
<b>Cuestión de temperamentos</b>	114
Capítulo XI	
<b>Un callejón sin salida</b>	126
Capítulo XII	
<b>El conde explica</b>	142
Capítulo XIII	
<b>Felix Poubelle de 1884</b>	160
Capítulo XIV	
<b>Los genios tienen que vivir</b>	174
Capítulo XV	
<b>Eunice confiesa</b>	190
Capítulo XVI	
<b>La palabra susurrada</b>	210
Capítulo XVII	
<b>Un cuerpo excelente</b>	224
Capítulo XVIII	
<b>Información recibida</b>	230
Capítulo XIX	
<b>Resurrección</b>	252
Capítulo XX	
<b>Una partida de golf</b>	269
Capítulo XXI	
<b>La Tía Judith hace punto</b>	278

ἔνθ' αὐτ' ἄλλ' ἐνόησ' Ἑλένη Διὸς ἐκγεγαυία:  
αὐτίκ' ἄρ' εἰς οἶνον βάλε φάρμακον, ἔνθεν ἔπινον,  
νηπενθές τ' ἄχολόν τε, κακῶν ἐπίληθον ἀπάντων.  
ὅς τὸ καταβρόξειεν, ἐπὴν κρητῆρι μιγείη,  
οὐ κεν ἐφημέριός γε βάλῃ κατὰ δάκρυ παρειῶν,  
οὐδ' εἴ οἱ κατατεθναίῃ μήτηρ τε πατήρ τε,  
οὐδ' εἴ οἱ προπάραιθεν ἀδελφεὸν ἢ φίλον υἷον  
χαλκῷ δηϊόφεν, ὃ δ' ὀφθαλμοῖσιν ὀρώτο.

*Odisea*, IV 219-226

## Capítulo I

### Rumbo al sur

—He de marcharme —dijo Philip Trent—. Tengo un compromiso, como te había dicho, y no puedo llegar tarde. Sigue con la cena, Slick... Toma unas gambas Waldorf; verás qué buen color se te pone. Si mañana paso a recogerte con el coche hacia las diez, ¿estarás más o menos preparado?

—Creo que menos —gruñó Slick Patmore—. Salvo que esta noche mejore el tiempo. Un paseo de dos horas con frío y llovizna no es mi idea de placer matinal.

—Va a cambiar por la noche —le aseguró Trent—. Lo que no sé es cuántas veces. Por eso los climas variables como el nuestro son tan entretenidos; y todo el mundo sabe que en abril están en su mejor momento. Oh, qué privilegio, encontrarse en Inglaterra ahora que ha llegado abril, y que quien amanece en Inglaterra no tiene la menor idea de si van a caer chuzos de punta o va a salir el sol, los pájaros y las flores. Además, lo de mañana no es placer, sino deber, Slick, un deber cuyo imperativo inexorable nos impone la proeza de asistir a la boda de Julian Pickett.

—Y de brindar con lo que, según el bueno de Blinky Fisher, es champán —añadió Patmore, sirviéndose de mala gana otra copa de La Tour-Figeac.

—¿Es que no puede tener imaginación, solo por que sea el canónigo de Glasminster? —preguntó Trent—. Me parece que

va a hacerle falta cuando le entregue su sobrina a Julian y haya de fingir que tiene cierta responsabilidad sobre una chica moderna. ¡Ja! Ya lo estoy viendo. «¿Quién entrega a la novia?». Vamos, Blinky; ¿a qué verde altar, oh, misterioso sacerdote, llevas a esa becerra<sup>1</sup>? Seguro que pierde las gafas e intenta entregar a Julian.

—¿No has dicho que tenías un compromiso? —dejó caer Patmore.

Al bajar la escalera del club Cactus, Trent se detuvo en el umbral y encendió un cigarrillo mientras reunía fuerzas para despedirse de su tía preferida, que salía en el transbordador ferroviario de Newhaven. Forma parte del patrimonio de nuestra isla, razonó, que, cuando estamos a punto de salir del país, el tiempo sea atroz. Dios aprieta, pero no ahoga, y el británico que está a punto de separarse del suelo natal suele verse aliviado y consolado por la idea de que el clima del lugar al que va no puede ser tan desagradable como el que deja, idea esta tal vez errónea, pero ¿qué idea, se preguntó, no lo es? Al menos aquella velada en concreto era lo bastante espantosa para justificar las predicciones más optimistas acerca de cómo iba a hacer al otro lado del canal de la Mancha, fuera donde fuera. ¡Sí, qué suerte tenía Tía Judith!

Miraba más allá de Piccadilly, y el aire estaba lleno de una llovizna amarillenta que no tenía suficiente personalidad para ser niebla. Detrás de la verja de Green Park, los árboles dejaban ver unas siluetas mortecinas e imprecisas que sugerían la escenografía de un infierno en el que no reinaba el sufrimiento, sino el dolor de una depresión sorda. Se veía por doquier el fango fino y exiguo que las ciudades modernas dignifican con el noble nombre de «barro».

Trent echó un vistazo al reloj de la portería. Le había dicho a Patmore la verdad, y nada más que la verdad, pero no toda

<sup>1</sup> Fragmento de la «Oda a una urna griega», de John Keats. (*Todas las notas son del traductor*).

la verdad, que, al fin y al cabo, nunca se dice, aunque solo sea porque nadie tiene tiempo. Tenía un compromiso, y no podía llegar tarde, dado que el tren que salía de la estación Victoria a las ocho y veinte no esperaba a nadie; pero ni el hecho de que quisiera presentarse con un cuarto de hora de adelanto ni el motivo de que lo quisiera habrían interesado a su amigo. Aunque Trent, como casi todos nosotros, aborrecía las despedidas prolongadas, sabía que Tía Judith esperaba que se siguieran las convenciones sociales de la manera apropiada; y le parecía que quince minutos constituían el feliz punto medio entre el exceso de celo y la indiferencia. Durante el corto trayecto hasta la estación podía devanarse los sesos —¡fútil esperanza!— en busca de una fórmula de despedida afortunada y original.

Cuando se estaba abotonando el abrigo, oyó fuera que alguien cerraba un coche de un portazo. La puerta batiente de la entrada se entreabrió, y un hombre alto, que reía a carcajadas, se detuvo con un pie en el umbral y habló mirando por encima del hombro:

—*Gute Nacht, du alte gute Kerl*—gritó—, *und herzlichen Dank*.

—*Ach Quatsch*—ladró en respuesta una voz áspera, mientras el coche se alejaba—. *Wiedersieh 'n!*<sup>2</sup>.

El recién llegado franqueó la puerta y cruzó el zaguán a grandes zancadas. Trent lo conocía bien; lo suficiente para no querer conversar con él. Por regla general, un egoísta sin vergüenza ni escrúpulos no es la mejor compañía, ni siquiera si uno no tiene —y Trent las tenía— razones personales para ver su existencia con malos ojos. Por otra parte, había muchas posibilidades de que Eugene Wetherill no tratase de ser la mejor compañía. Las costumbres de aquel brillante literato incluían la tendencia al ataque gratuito, y Trent ya había tenido más de un encuentro desagradable con él.

Al llegar a las escaleras, Wetherill volvió la cabeza, vio a Trent y lo saludó con la mano.

<sup>2</sup> «—Buenas noches, querido Kerl, y muchas gracias.

—Bah, es una tontería. ¡Hasta pronto!».

—Tiene usted un aspecto condenadamente serio —observó con mueca lobuna—. Espero que no haya sido el verme lo que ha desterrado su sonrisa triunfal. Olvide sus problemas, querido amigo. Aún puede salir todo bien. Olvide nuestras pequeñas desavenencias pasadas. Ahogue sus penas en el bar conmigo... Es sorprendente todo lo que puede ahogarse en un simple cóctel de ajenjo.

—Gracias, pero he de marcharme —dijo Trent. Y añadió—: No tiene usted aspecto de tener gran cosa que ahogar. Yo estaré serio, pero usted parece bastante satisfecho.

—Así es. —Wetherill rio mientras se quitaba el sombrero negro de ala ancha y la bufanda blanca para que pudiera verse que debajo del abrigo llevaba traje de etiqueta—. Muy satisfecho. No tengo nada que ahogar, como observa con ese infalible criterio suyo; así que voy a tomar ese cóctel por pura cuestión de principios... Sin propósito práctico alguno. ¡Satisfecho! Ya lo creo que estoy satisfecho. Ayer hice un buen negocio, querido amigo, y todavía no me he repuesto. —Hizo una breve pausa, como si recobrase la compostura; y luego prosiguió—: Cuando eso ocurre, tengo un impulso irracional de perdonar al mundo por ser como es, y a los humanos por ser como son.

—También a Eugene Wetherill, espero —sugirió Trent con simpatía—. No debería juzgarse con tanta dureza, ¿sabe?... Es una tendencia fatal. Combátala. No permita que lo domine. Ahora tengo que esfumarme, pero no olvide mis palabras.

Cruzó la puerta a toda prisa y bajó a la pringosa acera en dirección a Piccadilly.

Pensó que, sin duda, Wetherill estaba muy satisfecho. La expresión de desprecio que solía exhibir probablemente fuera, como el resto de su apariencia externa, un efecto cuidadosamente estudiado; pero aquella velada la expresión había cedido su lugar a un gesto de verdadero placer, y Trent se preguntaba qué podría causararlo. Era bastante probable que lo que agradase a Wetherill tuviera un efecto muy diferente en mentes más normales; y casualmente Trent sabía —como, por desgracia, mucha gente— de un sucio negocio de Wetherill en el que muy pocos

habrían querido verse involucrados. Sin embargo, de aquello hacía meses; era evidente que este otro era reciente, y le llamaba la atención que Wetherill hubiese vacilado claramente a la hora de explicar de qué se trataba. Por regla general, no era nada discreto con sus asuntos, ni siquiera con los más indignos; le gustaba presentarse como un dechado de inmoralidad. Resultaba difícil lidiar con un hombre que presumía de haber destruido su amor propio.

Un policía colosal acechaba en la esquina de la calle Charles.  
—Vaya nohecita, agente —observó Trent.

—Y que lo diga, señor —murmuró el guindilla en un tono que sugería que la sucia neblina había penetrado su pesado impermeable y calado todo su ser—. Pero parece que a algunos les gusta. ¿Ve a esos corredores que vienen por el otro lado de la calle? ¡Madre mía! Conmigo que no cuenten. Bonita forma de pasar el rato, ¿verdad, señor?, con una noche así.

—Para ellos, espléndida, en realidad —dijo Trent—. Después de unas buenas friegas y con ropa caliente, estarán tan contentos como los reyes de Persia. Es la juventud, agente... Juventud que ligera camina hacia el alba<sup>3</sup>, o hacia el Politécnico, o a algún lugar delicioso. Deberíamos estar celosos.

Dejando atrás la dispersa procesión de muchachos zarrapastrosos en pantalón corto y camiseta que corrían de dos en dos y de tres en tres por el borde de la acera, Trent encontró la parada de taxis que buscaba.

Sentado en el taxi, Trent volvió a darle vueltas a la conversación con el viejo James Randolph que había precedido a la cena en el club Cactus. Había sido, caviló, más breve de lo que había pensado; más breve y todavía más desagradable. No cabía esperar que uno se alegrase al descubrir que alguien que no le deseaba nada bueno conocía un secreto suyo, e indudablemente humi-

<sup>3</sup> Paráfrasis del poema «The Day of the Daughter of Hades», de George Meredith.

llante, por cierto. Aun así, la rabia incontrolable de Randolph había excedido con mucho lo que requería la ocasión; al fin y al cabo, si se portaba bien, nada había de perder, ni dinero ni reputación. De eso no cabía la menor duda. Obviamente, la amenaza de Trent de ponerlo en evidencia había resultado muy efectiva. Fuera o no sincero Randolph al asegurar que no había tenido mala intención, ahora indudablemente estaba asustado, y se comportaría en consecuencia. Todo escándalo relacionado con la diadema de Megabizo asestaría un golpe mortal a la hinchada autoestima del viejo. En fin, Tía Judith podía marcharse muy tranquila. Si se hubiera ido albergando la menor preocupación por Eunice, eso solo le habría estropeado el viaje que tanto había anhelado.

Toda su vida Trent había estado íntimamente unido a su tía, esa insólita anciana. Aquel era un gran momento en la vida de la señorita Judith Yates. Iba a salir de Inglaterra por primera vez en casi cuarenta años. Había crecido en el crepúsculo de la época victoriana, y en su juventud había recorrido mucho mundo; pero luego llegó el momento en que un hermano excesivamente confiado había malgastado la mayor parte de la fortuna de la familia en cierta empresa creada por un financiero todavía más optimista. Después de eso, Tía Judith había vivido en el campo con muy poco, sin protestar... Es más, especialmente feliz. Mantenía contacto con un amplio círculo de amigos, muchos de los cuales estaban al cabo de la calle de la actualidad; respecto de los asuntos del mundo, oía todo lo que se hacía público, y buena parte de lo que no, y lo más sórdido de la alta sociedad y la política apenas tenía secretos para ella. Su aspecto remilgado escondía una mente sumamente activa, bien amueblada y experimentada. A veces, para diversión suya, alguna joven moderna imaginaba haberla asombrado; lo cierto es que, en su momento, la señorita Yates había contemplado con calma transgresiones de las convenciones sociales más alarmantes que cualquier cosa que la filosofía de aquella joven pudiera concebir. Solo pedía que hubiese en la infracción algo que mereciera la pena considerar; ponía el límite en la mezquindad y la futilidad. El

lazo afectivo más estrecho de su vida, efectivamente, era una amistad, que empezó de forma bastante fortuita, con Eunice Faviell, la actriz más brillante de su generación, cuya historia personal estaba centrada en una relación que no tenía secreto alguno para el mundo en el que vivía.

Unos meses antes, la señorita Yates había recibido una herencia, e inmediatamente había decidido volver a ver algo del mundo europeo mientras tuviera salud. «Me propongo», le dijo a Trent, «viajar con lujo, y seguir viajando hasta que se acabe el dinero». El periplo que tenía en perspectiva era una visita a unos amigos de Roma, y declaró estar tan ilusionada como cuando fue a su primer baile, preparada para paladear cada momento y cada incidente...

Fue casualidad que fuese por la ruta de Dieppe. Había tenido intención de disfrutar de las comodidades del transbordo más corto, pero sucedió que un encargo que le había hecho a su sobrino Philip no pudo llevarse a cabo hasta la noche del día de su salida, así que, recordando haber sido una marinera competente, decidió coger el servicio nocturno.

Fue este cometido el que condujo a Trent a su agria entrevista con James Randolph; y ahora, en el taxi que lo llevaba a la estación Victoria, repasaba los fundamentos de su convicción de que había cumplido correcta y plenamente con su misión. Sabía que Tía Judith tenía ojos muy penetrantes, y, si mostraba el menor signo de incertidumbre, no tardaría en darse cuenta.

Al llegar a la estación, con un poco más de margen de lo que había planeado, se dirigió al andén del tren-barco, haciendo una parada por el camino para comprar algo en la floristería del recinto. Para su sorpresa, no vio a Tía Judith. Por supuesto, tenía un asiento reservado; pero Trent, conociendo bien sus costumbres, y sabiendo además que era la primera vez que viajaba en primera clase, había dado por supuesto que, cuanto más tiempo dedicase a los prolegómenos, más disfrutaría.

No obstante, al renunciar a la búsqueda de un coche de primera inexistente en la cabecera del tren, encontró a su tía su-

pervisando el traslado del equipaje de mano en una sección de la parte trasera. Debía de haber cruzado la barrera muy poco después que él. Mientras él se acercaba, ella departía con el mozo del vagón de primera, y dicho optimista profesional estaba expresando una opinión favorable sobre las perspectivas para el cruce del canal de la Mancha. Trent presentó su homenaje de claveles exuberantes.

—¡Oh! Muy amable por tu parte, Philip. ¡Mis flores favoritas! Y justo lo que hacía falta para poner el toque final en esta etapa de la aventura. Cielo, no te haces idea de lo que representa para mí. Es todo tan diferente de como era... O sea, todo lo relacionado con los viajes al extranjero.

Desde luego, Tía Judith parecía estar gozando al máximo del entusiasmo que había saboreado de forma anticipada. Sus ojos brillaban, y había un rubor insólito en las mejillas.

Trent se refirió inmediatamente a lo que ocupaba el primer plano de su mente.

—Te alegrará saber que lo de Eunice está arreglado. He visto a Randolph esta tarde, como habíamos quedado, y me he cerciorado de que no vuelva a molestarla. Ya sabes, Tía Ju, que me di cuenta de que no te quedabas muy convencida cuando te comenté que podría conseguir que el viejo jurase dejar de importunarla. Bueno, pues eso mismo he hecho; puedes estar tranquila. No pude explicarte cómo iba a hacerlo, y tampoco puedo contártelo ahora. Verás, le dije que le guardaría el secreto, al menos mientras viviera; fue un trato. Pero ya está.

—Qué alivio saberlo, Philip. —La señorita Yates hundió la nariz en los claveles con gratitud—. Tienes toda la razón, no he podido evitar estar un poco preocupada hasta saber que quedaba garantizado.

—De todas formas —prosiguió Trent—, tengo la impresión de que Eunice me va a montar una escenita por esto. Por lo visto, le escribiste diciéndole que me habías contado lo que pasaba, y que me estabas azuzando en contra del viejo. No le hace gracia. Ayer recibí una nota suya, y no era agradable, aunque, conociéndola, no me sorprendió del todo.

La barbilla de la señorita Yates se levantó de forma leve pero perceptible.

—¿Qué quieres decir con eso de «conociéndola», Phil?

—No te pongas a la defensiva, Tía Ju. Claro que no me refería a...

—Querido muchacho, no me pongo a la defensiva, pero...

—Bueno, pues llámalo a la defensiva. No soportas escuchar la menor crítica de Eunice; lo sabe todo el mundo. Yo tampoco, por cierto. Pero no hay nada de malo en decir que no me sorprendió en absoluto que me dijera que sus asuntos personales no son cosa mía, maldita sea, y que mucho agradecería que mantuviera la nariz alejada de los susodichos, y que era completamente capaz de cuidar de sí misma..., y otras cuantas lindezas por el estilo.

Sonriendo, la señorita Yates posó una mano pulcramente enguantada sobre su brazo.

—Si te refieres a eso cuando dices «conociéndola», Phil, bueno, claro que sí... A nadie se le escapa cómo las gasta Eunice. Sospecho que ya le has oído cosas en ese tono. Yo también, a veces. Y también tu mujer, aunque son amigas desde hace mucho más tiempo que vosotros. No me cabe duda de que ninguno nos lo tomamos a la tremenda. Todos sabemos...

—Cómo es. ¿No ibas a decir eso, Tía Ju? Así que henos aquí de nuevo en el punto de partida de nuestro malentendido, y nos hallamos plenamente de acuerdo..., como ministros de Asuntos Exteriores en un comunicado oficial.

—Sí; pero, en nuestro caso, es verdad, cielo. Te confieso, Phil, que me pareció muy posible que te escribiese algo así, y esperaba que no se lo tuvieras en cuenta. Siempre ha insistido en manejar su propia vida como le parezca, y en echarla a perder como le dé la gana... Y sabe Dios que así ha sido.

Trent asintió.

—Dios lo sabe, en efecto. Hablando de lo cual —añadió—, me he cruzado con Wetherill justo antes de venir. Lamento decir que tenía muy buen aspecto. Siempre que me encuentro a ese fulano, me dan ganas de asesinarlo.

—Ojalá lo hicieras, por lo que a mí respecta —dijo la señorita Yates con gran sentimiento—, aunque no hay forma de hacerlo que no sea demasiado buena para él.

—Sí; y otra pega es que a ese juego pueden jugar dos. Podría darme consejos. Wetherill no es el típico malo facilón que siempre permite que el protagonista le dé su merecido sin mover un dedo. Seguro que es capaz de salir airoso de cualquier escaramuza; no tiene miedo a nadie y le encantan las broncas. ¿Sabes qué? Está probado que mató a un hombre en un duelo en La Spezia después de recibir dos heridas.

—Seguro que hizo trampa —dijo la señorita Yates—. Nunca me ha entusiasmado La Spezia, y a partir de ahora me gusta todavía menos. Wetherill debería haber vivido en Italia en el siglo xv, con los Sforza y las demás bestias del Renacimiento.

—Tienes razón —convino Trent—. Pero siempre ha dejado inacabadas las cosas que debería haber hecho.

—Hace tiempo que no tiene relación con él... Me lo dijo ella misma. Pero ha ocurrido antes, y nunca dura. Ojalá Eunice hubiera podido encapricharse así de cualquier otro —dijo con ansiedad la señorita Yates—. ¡Sabe Dios que tenía dónde elegir! Y muchos eran tipos decentes, no me cabe duda, como aquel médico joven amigo tuyo, no me acuerdo de cómo se llama...

—Bryan Fairman.

—Sí. No llegué a conocerlo, pero siempre pensé que sería bonito que se casara con un amigo tuyo y de Mabel, y, por cómo hablabais los dos de él, sabía que era lo que le convenía. Lo que lo hace todavía más molesto es que a su manera siempre le ha tenido cariño.

—No sé —dijo Trent— cuántas veces ha rehusado casarse con él... No me extrañaría que ambos hayan perdido la cuenta. Pero estoy seguro de que siempre lo ha hecho de la manera más afectuosa. ¡Pobre Tía Ju! Cuando decidiste prohijar a una chica como Eunice Faviell, no sabías dónde te metías.

La señorita Yates sonrió, traviesa.

—¡Cuando «decidí»! Fue Eunice la que resolvió adoptarme..., y lo sabes. Me imagino que ni ella sabe por qué.

La señorita Yates desvió la conversación a sus planes de viaje y a los cambios acaecidos en Roma desde la década de 1890. Las previsiones del propio Trent para el futuro inmediato también fueron objeto de examen. Al día siguiente temprano iba a ir a Glasminster para asistir a la boda de Julian Pickett. A lo mejor Tía Judith se acordaba de Julian. Claro que Tía Judith lo recordaba. Era el muchacho que cojeaba desde que un tigre le mordió no sé dónde en el Himalaya.

—En el *gluteus maximus* —musitó Trent.

—Sabía que era por ahí —dijo Tía Judith—. Sí; y el día que lo llevaste a verme enrolló una partitura y la usó para imitar a una pantera, con lo que a Elizabeth se le cayó la bandeja del té en la alacena, y hubo que darle sales de amoníaco.

A las 8:15, la señorita Yates estaba instalada en su asiento, y continuaba la conversación a través de la ventanilla abierta. A las 8:19 y tres cuartos, un hombre que llevaba un morral cruzó la barrera a toda prisa. Corrió hasta el vagón de primera y entró de un salto cuando el tren empezaba a moverse. Estaba de pie en la puerta, y el mozo acarreaba su bolsa, cuando se volvió por casualidad y miró a Trent a la cara.

Trent, que al mirar sin prestar atención tan solo había visto en él a un desconocido con un abrigo amplio, un traje de *tweed* marrón y un sombrero blando calado hasta los ojos, profirió una exclamación.

—¡Bryan! ¡Cielos, un poco más y pierdes el tren!

—¡Phil! ¡Qué sorpresa! —Con un gesto brusco, el hombre se asomó desde el vagón que se alejaba—. ¿Qué diablos...?

El resto del grito quedó ahogado por el ruido sordo del tren que aceleraba. Por la sorpresa, Trent apenas se acordó de responder al saludo de su tía desde la ventanilla.

¿Qué podía significar el estado de agitación de Bryan Fairman? ¿Por qué su amigo, por lo general estrictamente circunspecto, parecía y actuaba como un hombre desmoralizado y desesperado?